

«La conciencia del éxodo está viva, más en los nietos que en los hijos»

Sergio del Molino **Escritor.** El autor publica 'La España vacía', reivindicación del paisaje y paisanaje rurales marginados por la literatura moderna

ENTREVISTA

EDUARDO LAPORTE



Hay un gran país dentro de una extensión cuyos límites van desde el norte de Andalucía hasta La Rioja. Es esa España interior con densidades de población en muchos casos inferiores a las de Finlandia. Escritores actuales como Jesús Carrasco la rescatan de su ostracismo, pero lo hacen de manera mitológica, casi como un exotismo. Aquel mundo, sostiene Sergio del Molino (Madrid, 1979) en este vivo y adictivo ensayo, quedó herido de gravedad tras el éxodo rural y carece de relato. Pero quizá no sea tarde del todo para tratar de encontrar, al menos, los puntos en común que lo conformen y dotarle de la identidad que le falta. Un ensayo, 'La España vacía' (Ed. Turner), de amena lectura, que amplía nuestra percepción del país y nos ayuda a entenderlo en su configuración actual.

– ¿Desde cuándo le viene esa obsesión por los males de la España vacía?

– Siempre ha estado ahí, pero se reforzó con mi trabajo como periodista, con reportajes en lugares despoblados, deshabitados, que sólo me interesaban a mí. Vi un filón, un tema en el que podía situarme con reportajes sobre el vacío, la despoblación, un holandés que montaba cosas raras en medio del desierto... Siempre había cosas interesantes que contar. Por otra parte, el gusto por el paisaje me viene de lejos. El subtítulo del libro, 'Viaje por un país que nunca fue' entronca con mi anterior novela ('Lo que a nadie le importa'), así que hay cierta continuidad, a pesar de que preferí explorar este tema de forma ensayística.

– ¿Ha escrito este ensayo para aprender más sobre España, para conocerla más a fondo?

– Me interesa la convivencia, somos muy de matarnos los unos a los otros y ahora disfrutamos de un inédito tiempo de paz. Me interesa el lugar donde vivo y la interpretación del país, que es algo que había que recuperar desde una óptica ensayística, especulativa. Echo de menos el ensayo del diletante, la visión del paseante, más allá de las ciencias sociales. Por otra parte, creo que podemos sentar las bases para construir un nuevo relato que no esté basado en las mistificaciones tradicionales de los estados nación. En España nos hemos librado de ese patriotismo y podemos construir la convivencia a partir de otras bases.

– Ha querido abordar la España menos tópica, la que trata de guardar, a pesar de todo y a su manera, las esencias, una España menos ruidosa, sobria... Un enfoque original, ¿no?

– Se conoce muy poco. Y quienes menos lo conocen son los que salieron de ese mundo. Esa gente de los pueblos miró su origen con desprecio, querían otra vida, querían mejorar y prefirieron no saber nada. En los últimos 40 años el desprecio al campo, por otra parte secular, se ha acentuado de la mano del desarrollismo. Y desde Juan Benet, cuando proscribió el campesinado, pierde también su mirada literaria. Se pierde la fascinación literaria y eso afecta también a otras miradas, la del cine, la del periodismo, que siempre han ido un poco a remolque de la literatura, que conserva cierto poder jerarquizante.

Regreso literario

– Parece que ahora sí se vuelve a ese tema literario, con voces como las de Jesús Carrasco, Jenn Díaz, Lara Moreno, Mireya Hernández o usted mismo... El siempre controvertido Salvador Sotres sentenció que ese mundo de Delibes había muerto y que no le interesaba a nadie. ¿En qué punto estamos?

– Esta tendencia literaria no es dominante pero sí significativa. El primer libro de Carrasco ('Intemperie') conectó mucho con un público; nunca ha habido tantos auto-



Sergio del Molino, en una imagen reciente.

:: IGNACIO PÉREZ

«Lo que se llamó pueblos de colonización eran en realidad traslados forzosos»

res interesados por ese tema. Hay una preocupación generacional por mirar esa parte del país, está resucitando el interés mitológico por ese mundo, por volver a la identidad y tratar de reconstruir ese mundo, aunque ese mundo, como tal, está muerto. No lo mató nuestro desinterés, sino la Historia, Franco... Ni Delibes pudo hacer nada más que testimoniar esa pérdida.

– Usted habla en 'La España vacía' del Gran Trauma, ese proceso de éxodo rural, desafortunado y caótico, que generó un desarrollismo desordenado y estéticamente feo. ¿A Franco se le fue de las manos?

– No es que se le fuera de las manos, se la traía al fresco. Le daba absolutamente igual el destino de la gente, como si vivía en cloacas o donde fuera.

Era un tipo que había matado a medio país para gobernar, lo que pasara después de le daba igual. Cuando, a partir del Plan de Estabilización de 1959, ve que los planes de autarquía que tienen Falange y los 'camisas viejas' y los hombres duros del régimen no funcionan, cambia la estrategia política del régimen, auspiciada por EE UU, y se inicia una consigna de industrialización a toda costa, lo de la Seat, el 600, y todo estos símbolos del desarrollismo. Fuerza un éxodo rural que ya es tendencia natural, pero se acentúa porque necesita mano de obra rápida para ese proceso de industrialización, y eso lo hace a base de joderles la vida y hacinarlos en condiciones que le dan exactamente igual. A Franco le interesa que haya mano de obra barata para el crecimiento industrial y fuera. Ahora estamos pagando esas consecuencias: las ciudades españolas se crean en ese momento.

– ¿Por eso son más bien feas?

– El paisaje urbano español es desarrollista, todavía estamos sufriendo esa fealdad, tenemos unas ciudades bastantes feas, las construimos a la soviética, hay poca diferencia entre lo que hizo Franco y los regímenes soviéticos en la Europa del Este.

– Tendremos que soportarlos durante siglos...

– Por suerte, se construyeron con materiales muy baratos y no durarán mucho.

– ¿Existe una España realmente urbana o vivimos en ciudades con mentalidad aún rural?

– Solo existe lo urbano, pero sí, todavía tenemos, principalmente en Madrid y Barcelona, todos esos restaurantes gallegos o asturianos... La conciencia del éxodo aún está muy viva, pero quizá más en los nietos que en los hijos, por esa tendencia habitual de despreciar al padre y valorar a los abuelos.

– En el libro no incluye el fenómeno de los pueblos de colonización que impulsó Franco. ¿Quizá porque no fue tal fenómeno?

– En realidad, Franco promovió con ello traslados forzosos de colonización, que es algo que negamos todavía, como negamos que hubiera campos de concentración en España, que los había, y muy chungos, donde se practicaron incluso experimentos psiquiátricos con los presos políticos. Lo hemos edulcorado con lo de pueblos de colonización, pero eran traslados forzosos. No lo he incluido porque no es tan significativo como parece, tenía un aspecto más propagandístico que otra cosa. Había una gente desalojada de un lugar y no quería ir, y en algún sitio había que meterlos y vendían esos pueblos como parte del esfuerzo del régimen por salvar el campo y demás.